La estación balnearia es buena, y tiene su correspondiente división para señoras y para caballeros.

Entramos por el departamento de hombres: sobre la arena, como un conjunto de tiendas de campaña, de forma especial y colocadas en desorden, alzábanse las clásicas *casetas:* después, en la playa, los bañistas bulliciosos; más allá la espumosa rompiente de las olas, y en último término la inmensidad del mar.

Yo siempre he gozado más á la orilla del Océano que en medio de su imponente y grandiosa soledad. No sé por qué me encanta ó qué atractivos misteriosos tiene ese murmullo majestuoso de las aguas cerca de la costa, y el ruido que producen al estrellarse contra las rocas ó al borde de la tierra. Encuentro, sin duda, menos monótono el paisaje á la orilla del mar.

Santander es la residencia habitual de varios genios españoles: en él vive algunos meses del año el insigne Dr. Menéndez y Pelayo; y en la calle del Muelle, frontera á la bahía, tiene su morada el ilustre escritor Don José María de Pereda, el montañés ingenuo bastante conocido en México por la facundia, elegancia y chispa de su pluma. *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *De tal palo tal astilla*, *El sabor de la tierruca*, *Nubes de estío* y veinte novelas más, producciones todas del Sr. Pereda, son otros tantos modelos de galanura en el estilo, de vena inagotable y de pureza en el lenguaje, lo cual le ha valido al autor de tantas obras la fama de eminente escritor y de consumado hablista castellano.

En México se hallan radicados no pocos y muy estimables montañeses.

Réstame lamentar de todo corazón la desgracia que hoy aflige al simpático puerto del Cantábrico, deseándole á la vez que presto se halle libre de tanta y tan funesta contingencia.

CAPÍTULO XXI.

DE MADRID A BARCELONA.

PARECE natural y debido que en Europa, donde tantas cosas buenas hay, los ferrocarriles fueran, como vulgarmente se dice, á pedir de boca. Pues no, señor. Son los ferrocarriles más malos, los más incómodos y los que presentan el mayor número de molestias á los pobres viajeros.

No pueden, ni con mucho, igualar á los americanos en cuanto á velocidad y lujo, que tanto abundan singularmente en nuestra vecina del Norte.

Figuraos unos coches reducidos, sofocantes, cuyas puertas se hallan lateralmente colocadas; y como con frecuencia pasa que tiene que caminarse de noche, á lo mejor del sueño ocúrresele á cualquiera abrir la dicha puerta, y una corriente de aire infame penetra al interior.

No son únicamente los defectos de comodidad los que hacen penosa una travesía, sino además, la lentitud con que se camina.

El lujo de esos carros palacios que tanto se alaba en los Estados Unidos, no se ha imitado en Europa; de donde se colige que, en cuestión de ferrocarriles, el Viejo Continente camina más despacio que el Nuevo. Cualquiera que haya es-

tado allende el mar y lea estas líneas, al punto confirmará mi dicho.

Esto no obstante, las cintas de acero ligan entre sí á casi todas las capitales y ciudades importantes europeas; los viajes, en cuanto al precio, son relativamente baratos, y además, se tiene la grandísima ventaja de los llamados *viajes circulares*, que para todos los puntos que se desee visitar, se proporcionan á precio módico en las agencias ó en muchas de las mismas estaciones.

Así lo hicimos nosotros, comenzando nuestro itinerario en Barcelona.

Grandes eran mis deseos por conocer la opulenta capital de Cataluña, la más floreciente, industrial y soberbia de toda la Península.

Puede decirse que Barcelona es el Paris de España, por las costumbres de sus habitantes, por su lujo, su comercio, su riqueza, su nunca interrumpido movimiento, y aun por el aspecto general de la ciudad.

Mucho habíaseme ponderado la hermosura del famoso puerto catalán, mucho su grandeza, y aunque, por regla general, cuando el objeto que tanto se nos alaba, mírase de bulto por primera vez, lo hallamos menos bello ó interesante de como se nos pintara, puedo asegurar que de Barcelona no sufrí la más pequeña decepción.

Acababa de inaugurarse la magnífica estación del Mediodía en Madrid, y en ella tomamos el tren directo para la perla catalana, prefiriendo el *express* por más rápido al par que cómodo.

Este tren sale de Madrid solamente los lunes, miércoles y viernes, á las tres de la tarde, y llega al día siguiente á Barcelona entre diez y media ú once de la mañana, después de recorrer un trayecto de unos setecientos kilómetros, ó sean más de ciento setenta leguas.

Dos cosas son las que generalmente agradan y aun encantan en el camino: las carreteras y los campos cultivados. Por

lo que hace á lo primero, en otro lugar ya he dicho que las carreteras europeas son excelentes: cintas blanquísimas serpentean por todas partes, y se tiene especial cuidado de que siempre se conserven tersas y en magnífico estado.

Respecto de los campos, no se ve un solo palmo de tierra que no se halle cultivado con esmero. ¡Oh! ¡Cuándo en nuestro México pudiéramos decir otro tanto! Siquiera que viésemos las carreteras y los campos cercanos á la ciudad convenientemente dispuestos; pues basta salir por cualquiera parte á las afueras de la capital, para palpar los caminos envueltos en nubes de polvo, cubiertos de barrancos que los hacen peligrosos y verdaderamente intransitables. Por lo que hace al segundo punto, ¡cuánto y muy triste habría que decir! Montones de basuras, jacales aglomerados, sin higiene alguna, habitados por gente harapienta y miserable; zanjas con agua de color indefinible, en cuyo seno habitan á millares colonias de microbios, que á diario se multiplican de una manera espantosa.

El contraste no puede ser más doloroso cuando se ama á la Patria, y de todas veras se desea su bienestar y su progreso.

Otra de las cosas que más llama la atención, hablando de España, son las parejas de la Guardia Civil, que siempre se les ve recorrer los caminos, se las encuentra en las estaciones y por todas partes.

Pocos son los que tienen una idea exacta de lo que es la Guardia Civil española, montada idénticamente como la italiana.

Lo curioso del caso es ver á dos guardias civiles á caballo, por las carreteras, con su tricornio forrado de hule, y siempre de blanco é inmaculado guante.

Rara vez he visto á un guardia civil sin que tuviese por los guantes calzadas ambas manos: siempre correctos, respetuosos, cumplidos á carta cabal en el desempeño de sus penosos deberes, tanto en los campos como en las ciudades.

Salimos, como he dicho, á las tres de la tarde de Madrid. El ferrocarril atraviesa por ciudades y puntos de alguna importancia ó de recuerdos históricos. A poco andar se toca Alcalá de Henares, célebre por suponerse con toda verosimilitud que fué la cuna del inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, y por el famoso archivo atestado de impresos y de manuscritos curiosísimos: ocupa el palacio arzobispal, de construcción antiquísima, remontándose, según se dice, á los comienzos del siglo décimotercio.

Más adelante se halla la ciudad de Guadalajara, capital de la provincia de su nombre, en cuyas inmediaciones obsérvanse restos de vetustas murallas que la protegían. Guadalajara es tan antigua, que su historia se pierde en la noche de los tiempos: cuéntase que ya existía cuando la dominación romana extendió por España su brazo férreo. Son famosos los ricos *bizcochos borrachos* que, como una especialidad de Guadalajara, se venden en el andén del ferrocarril.

Vase sucesivamente después pasando por multitud de lugares, llamando esencialmente la atención los de Sigüenza, Medinaceli, Alhama de Aragón y Calatayud. El primero, por la importancia histórica que tuvo bajo la férula romana, poseyendo como curiosidad arquitectónica el palacio de los obispos, que es un verdadero castillo feudal, que se distingue á lo lejos en la porción más culminante de Sigüenza, con sus altos muros y elevados torreones asentados sobre la roca viva. Medinaceli ha dado su nombre á la casa nobilísima de los duques, cuya señorial morada en este sitio se conserva: hállase la población situada en la parte culminante de un cerro, y es una de las villas más antiguas. Alhama de Aragón posee á distancia el famoso *Monasterio de Piedra*, de curiosa historia; contándose que lo rodeaba una gran muralla toda de mármol, sin pulimento, interrumpida por gruesos y almenados torreones; y, finalmente, Calatayud, que cuenta con ruinas y vestigios de fortalezas y castillos feudales, y población de tantos años como sus hermanas ya citadas.

De aquí, el lugar más notable que se sigue es Zaragoza, á quien poéticamente arrulla y baña el caudaloso Ebro, á cuyo nacimiento ya me he referido al hablar de Santander.

¿Quién en México ignora que en la pintoresca ciudad aragonesa existe la milagrosa Virgen del Pilar, tan celebrada y universalmente conocida?

El santuario se alza á la orilla misma del río junto al cual va pasando la vía férrea. Tiene una serie de cúpulas en medio de las cuales mírase descollar otra airosa y esbelta, de distinta forma que las otras: nada ofrece exteriormente el santuario de notable; y no podré dar razón de su interior por no haberme alcanzado el tiempo para conocerle.

En Zaragoza existe, como es bien sabido, la singular torre inclinada, que con las de Pisa y de Bolonia, son ejemplos admirables de equilibrio.

Zaragoza queda en la mitad del camino para Barcelona, y si se quiere descansar en ese lugar, puede hacerse para tomar el tren al día siguiente.

El camino se dirige después un tanto al Norte, y en seguida con rapidez al Sudeste y luego sensiblemente al Este. Pasando Zaragoza, no vuelve á encontrarse estación de importancia sino hasta Lérida, ciudad capital de la Provincia de su nombre, y una de las fracciones del Principado de Cataluña. Éntrase ya á campos más bien cultivados, y comiénzase á notar por todas partes movimiento y vida: las fábricas empiezan á sucederse en todo el trayecto del camino, y todo acusa actividad, trabajo, otro modo de ser en los habitantes de aquella hermosa y privilegiada comarca. Parece que hasta la misma naturaleza le brinda con sus galas, presentando á la vista del viajero paisajes pintorescos y singularmente encantadores.

Allá á lo lejos, á nuestra izquierda, comienza á aparecer la azulada cumbre de la cordillera pirenaica, limítrofe con Francia: llegamos luego á Manresa, la vieja *Munorisa* de los romanos, y al poco andar nos sorprende la cuenca pintoresca del

Llobregat, en cuyo fondo corre mansamente el río. Más adelante asoman ya sus crestas de basalto, y en llegando á Monistrol, esos fantasmas caprichosos, indefinibles centinelas de piedra que surgieron en una evolución geológica constituyendo el especialísimo sistema del Montserrat. Figuraos una serie de rocas que se levantan unas al lado de las otras, y separadamente, formando como columnas de figura tan rara que aquello es un conjunto extraño, considerado como único en todo el universo.

La montaña va rodeándose por el ferrocarril y puede verse por distintos lugares, presentando en todos ellos con asombrosa y muy diversa forma; y llega un momento en que, como un nido de águilas, en lo más abrupto y acantilado de las rocas, mírase enclavado en ellas el monasterio celebérrimo del Montserrat. Dícese que lo fundó el año 530 un monge benedictino llamado Quirico, aun cuando se ignora si la fundación tuvo lugar en ese propio sitio. Mucho fué lo que los piadosos Condes de Barcelona protegieron la famosa ermita; á lo cual contribuyó también la corona de Aragón, adquiriendo al poco tiempo el monasterio gran fama y esplendor.

No poco tendría que hablar de la historia de tan visitado lugar, á permitírmelo el espacio muy estrecho de que puedo disponer. Básteme por ahora añadir que se cuenta que la imagen de la milagrosa Virgen fué esculpida por el mismísimo San Lucas y llevada á España por el Príncipe de los Apóstoles San Pedro. Primeramente tuvo culto en Barcelona: durante la invasión de los árabes, sirvióle á la Virgen de morada la montaña, descubriéndose en el siglo nono. La imagen es de color negro, y en no pocas veces llevóse en andas por los héroes españoles á las batallas para que con su presencia infundiese brío y valor á los soldados de la reconquista; por lo cual reconócesele también con el nombre de la *Virgen de las Batallas.*

Un ferrocarril de *cremallera* conduce cómodamente hasta la ermita.

El Montserrat fué poco á poco perdiéndose de vista; y sucesivamente pasamos por Vila de Caballs, Sabadell y Moncada, acercándonos cada vez más á la rica Barcelona.

Es increible el número de fábricas que por todas partes surgen; ambas orillas del Llobregat se encuentran ocupadas por grandes establecimientos en donde se trabaja sin descanso. En llegando á San Andreu (San Andrés), casi estamos á las puertas de la hermosa capital: San Andrés es un pueblo hecho, por decirlo así, con fábricas, y es esencialmente industrioso: á los cuantos minutos hemos llegado á la perla catalana, á la encantadora París española, y que visitaremos en el capítulo siguiente.